

EL AMOR A LOS NIÑOS

Un Alcalde de catorce años para Nueva York

SON los Estados Unidos el país de las mujeres? Sí. Pero con igual propiedad podría decirse que es el país de los niños. Es en realidad el país de las mujeres y de los niños.

Los 365 días del año son en los Estados Unidos los días de los niños. Pero como si esto fuera poco, se ha consagrado además una semana especial que se llama «la semana de los niños».

En los pueblos hispanos no se quiere al niño menos que en Norteamérica, ¡qué va! pero se les trata de otra manera. Es lo más frecuente oír a los mayores decirles a los muchachos: «los niños no hablan en la mesa», «los niños no deben mezclarse en las conversaciones de los grandes». Allí ocurre lo contrario; a menudo tienen que callarse los grandes para que hablen los chicos.

El niño goza en los Estados Unidos de casi todas las prerrogativas del hombre. Puede verse a los niños manejando automóviles. Podrá verse a las chicas de la escuela superior y aun de la escuela elemental con sus compañeros de la misma escuela que las llevan a danzas y teatros.

Bien ¿qué más privilegios puede tener un niño? ¡Oh! Muchos más. Un niño, por ejemplo, Eddie Meehan, de catorce años, ha sido elegido alcalde de Nueva York por un día. Y fué alcalde ese día, se sentó a la mesa del primer funcionario de la ciudad y fué tratado y respetado como un alcalde de verdad.

Los demás puestos municipales fueron también desempeñados por niños durante un día. La ciudad de Nueva York fué gobernada por niños.

En las escuelas, los niños se hicieron cargo de la dirección; uno fué director, otros fueron profesores. Actuaron como jefes y fueron obedecidos como tales.

El Hotel Mac Alpin y el Pensilvania fueron administrados durante un día en sus diversos departamentos por niños. Aun grandes organizaciones comerciales fueron administradas por menores durante un día.

Fué algo así como si se les entregara la ciudad en sus actividades oficiales y privadas a los pequeños; se ha querido darles la ilusión de que eran los amos y señores; se ha querido enseñarles a ser grandes.

Y los muchachos lo toman to-

do serio. El retrato del alcalde infantil se publica en todos los diarios y su plataforma política también: He aquí el programa de este alcalde niño.

«Mi plataforma es: El niño primero: el niño último y el niño siempre, porque creo que el niño es la piedra fundamental sobre la cual descansará el futuro de esta ciudad.

»Deseo más lugares donde pueden jugar los niños para que no tengan que exponerse en las calles llenas de vehículos.

»Creo que debe aumentarse el presupuesto de educación pública, para que ningún niño tenga que asistir a la escuela sólo una parte del día.

»Creo que esto es conveniente porque llegará a reducir los impuestos, pues así se desarrollará un tipo superior de hombre para el futuro.

»Creo que todo lo que hagamos en favor de los niños y de las niñas es básico y esencial y debe ser la consideración capital de los que distribuyen los fondos públicos».

Y el programa del alcalde infantil sigue por ese estilo.

No puede negarse que en todo lo anterior hay algo de útil y mucho de bello.

Lo útil está en la enseñanza que es-



El niño EDUARDO MEEHAN, de catorce años de edad, quien fué elegido entre los 400.000 alumnos de los colegios de Nueva York, para Alcalde —durante veinticuatro horas— de la ciudad más grande del mundo. Durante un día el niño Meehan pudo dar un vistazo a las necesidades de la inmensa urbe.

to encierra para los niños. Lo bello está en que por un día a lo menos, los niños se sienten grandes sin el peso de la responsabilidad de los hombres. Es un juego, en que todos toman parte, grandes y chicos. En realidad los niños se sienten hombres y los hombres se sienten niños.

Todo lo anterior sería casi imposible hacerlo en nuestros pueblos de alma hispana, de alma latina. Nosotros no tomamos nunca a los niños en serio. Y el hombre cree perder su dignidad si pone su espíritu al diapason del espíritu infantil.

Creemos que importancia y gravedad son sinónimos. Yo diría que son cualidades opuestas.

Se ha dicho que los americanos tienen un espíritu infantil: quizá sea ese el primer secreto de su triunfo.

El amor a los niños es el primer paso para la grandeza de los pueblos.

(Cromos, Bogotá, Colombia)

Glosas

«PABLO Y VIRGINIA»

SE aludía en glosas precedentes⁽¹⁾ al influjo que un día hubo de ejercer *Pablo y Virginia*, propagando el gusto por el exotismo en nuestra sensibilidad y en nuestra sensualidad. Decimos sensualidad al lado de sensibilidad: pocas lecturas tan turbadoras, en efecto, para imaginaciones un poco finas y un poco castigadas, como la lectura de este libro, tenido por casto, pero embebido en realidad de una secreta lascivia... — Hay *libido* siempre, en Bernardin de Saint-Pierre; *libido*, si no de la virgen desnuda, de la flora opulenta, de la hoja carnosas y de la fruta obesa y viciosamente azucarada.

Cuando Bernardin de Saint-Pierre aprendía a leer, una buena señora, noble y arruinada, le regaló un ejemplar del *Robinson Crusoe*. En Robinson y en las emociones de lejanía ensoñó largamente el niño, criatura delicada y tímida, malcriada por mimos de una madre sentimental y de una criada vieja. El peso de estos ensueños, acrecido por contemplaciones meditativas de viaje y de mar, por tiernos amores y múltiples aventuras, subía a superficie cincuenta años más tarde, al publicarse, como continuación de una serie (destinada por el autor a traer con la descripción exaltada de las mara-

(1) Véase el Repertorio N° 17 del tomo en curso.